

El título que he elegido lo he robado de la conocida tragicomedia de Shakespeare<sup>1</sup> que escenifica un reino en plena crisis de autoridad: el Duque de Viena ha dejado el trono a un sustituto de ánimo vil y falto de cualquier sentido de justicia, dispuesto a ponerla al servicio de las propias pulsiones sexuales, mientras todo el mundo parece afectado por el desorden y la desmesura de la caída de todo orden moral, sobre todo en lo que concierne al poder y a la relación entre los sexos. Y cuando el Duque, que se había disfrazado de fraile para observar en secreto, se descubre para conseguir un final feliz, su mismo acto de reequilibrio se parece más al vicio que quiere castigar que a la justicia.

Naturalmente Shakespeare alude con ese título a la frase evangélica del *Sermón de la montaña*: “con la medida con la que midáis seréis medidos”.<sup>2</sup>

Mi mente se fue a este recuerdo pero, escuchando a Milagros Rivera que, hablando de la excelencia femenina en el tiempo del final del patriarcado<sup>3</sup> (en el seminario de Diótima de este año), sugirió que esta nueva situación implica un cambio que tiene que ver con la *medida*.

La reflexión que propongo girará, por tanto, en torno al tema de la medida, la excelencia y el exceso respecto a una medida según varios aspectos, sobre todo desde la perspectiva de lo que está cambiando de sentido y del sentido nuevo que se abre. Esto a menudo tiene el aspecto de una desorientación que puede tomar la forma de la incapacidad de reconocer algo que en realidad nos orienta. U otras veces toma la forma de vértigo ante un espacio abierto con el que medirse y donde encontrar una medida inédita.

El mundo descrito por Shakespeare en muchos aspectos recuerda al presente: el desorden pulsional y sexual en las relaciones y en la esfera del poder que lo caracteriza es una analogía impresionante sobre todo para mí que vivo

en Italia, donde tantos escándalos han indicado hasta qué punto la caída del viejo orden impacta sobre la relación entre sexo y poder, haciendo que resurjan comportamientos y un imaginario que simbólicamente parecen rendidos al pasado, pero que infectan al presente como fantasmas o como muertos vivientes.

Shakespeare parece sugerir en esa tragedia que la situación de crisis y de cambio (que refleja la del siglo xvii) tal vez podía encontrar aun una respuesta en la máxima evangélica que muestra la “regla de oro” de la reciprocidad de la medida, garantizada en última instancia por la fe en la medida absoluta del juicio divino. Y de cualquier modo también Shakespeare dejaba traslucir la ambigüedad de una “medida por medida” que puede tornarse en un “ojo por ojo” cuando nadie mira la viga en el propio ojo por censurar la paja en el ajeno, y cuando un final feliz de justicia no se confía a la medida desmesurada del juicio de Dios, sino que, en cambio, está en manos de un poder humano soberano que se toma por Dios en la tierra.

De cualquier manera, históricamente, no será la anterior medida cristiana la que se imponga a partir de esa crisis, sino otra muy distinta, más bien la de la pretensión de una medida igualmente única y absoluta, la de la razón, del método, de la ciencia, de la ley, de la soberanía, del estado, del mercado, en fin, la medida de la modernidad, sobre la que me detendré, ya que coincido con Milagros en que el paradigma de la medida moderna de la igualdad es el problema que tenemos que afrontar. Aunque no solo: porque hay que pensar la relación entre este modelo y el orden patriarcal cuya referencia de medida es lo que está cambiando.

Hoy, en el nuevo siglo y en el nuevo milenio, en el pasaje que dice llevarnos más allá de la modernidad, muchos se preguntan con angustia si la muerte del patriarcado y la caída de la medida del nombre del padre, que lleva a su cumplimiento la muerte de Dios con la que se abrió la crisis del siglo xx, no precipitará al mundo a

un desorden todavía peor que el de la crisis del siglo xvii que Shakespeare representaba, por la caída de toda medida a la que hacer referencia. Se agita el fantasma de la caída en una noche en la que todas las vacas son negras, de relativismo y, en fin, de una indistinción que es señalada como materna, que nos dejaría a la merced del desencadenamiento de las pulsiones por goce inmediato, a causa de la pérdida del horizonte paterno que ataba el deseo a la ley. Por ejemplo, en Italia, ha habido recientemente una encendida discusión en torno al libro de un psicoanalista lacaniano, Massimo Recalcati,<sup>4</sup> que ha apoyado la tesis del final de la época de las patologías relativas al deseo que se desarrollaba dentro del orden de la ley de prohibición del padre que veta el goce de lo materno. Caída esta ley, se abriría la vía de las enfermedades vinculadas a la pulsionalidad, no gobernables ya con los instrumentos habituales del psicoanálisis. Posiciones análogas (basta pensar en Žižek<sup>5</sup>) con varios nombres y etiquetas circulan desde hace tiempo, sembrando miedos que son vinculados al ocaso del padre y de su medida y a la llegada de una noche bajo el signo de la madre, imaginada como carente de cualquier medida y orden.

Al decir esto así, en su forma más brutal y sin muchos adornos, en oídos de las mujeres esta historia casi hace reír, si no fuera —como se dijo hace años, cuando por primera vez se anunció con “un hilo de felicidad” que el patriarcado había muerto— con esta muerte había poco de lo que reírse.<sup>6</sup>

Ahora vemos de qué manera estábamos en lo cierto y para utilizar palabras de Judith Butler (recogidas también por Luisa Muraro en su último libro sobre la excelencia femenina<sup>7</sup>) hay muchos buenos motivos para desesperarse. Para insistir con la palabra que he tomado como guía podría decir que *la medida está colmada*. Pero no por la denuncia de la falta de toda medida, que a menudo es agitada por parte masculina.

Yo no comparto el tono apocalíptico de estos temores que en general terminan por invocar alguna restauración del padre, porque no creo en absoluto que la crisis de su orden equivalga a la absoluta pérdida de toda medida, por dos motivos: uno me preocupa y me hace pensar en lo peor, el otro, en cambio, me inclina a ser más optimista.

El primero es el que me preocupa y me hace decir que *la medida está colmada*, y que esa presunta pérdida de toda medida, esa descripción que una vez fue llamada nihilismo, o retornaría a la postmodernidad (palabras pasadas de moda) con matices o bien eufóricos o bien nostálgicos, esconde otras dinámicas en curso. La más vistosa y reconocida es la imposición de la medida única del capitalismo y del dinero en el mercado global. Es lo que Lacan habría llamado la victoria del discurso del capitalista. O podríamos decir que representa la definitiva migración de la autoridad a la racionalidad científica y económica, el triunfo más que el fin de la modernidad, por como se la había imaginado. Y esto en la caída de la autoridad de la política que al inicio de ese proyecto moderno se había pensado que pudiera imponer una medida de justicia que moderase la connatural inmensidad de los marxianos “espíritus animales” del capitalismo.

El segundo, en cambio, que me hace tener más esperanzas, es la desconfianza respecto a estas lamentaciones nostálgicas y alarmistas porque el mundo se precipite en la carencia de la medida, porque considero que estas pertenecen al sistema de referencia de esa misma medida considerada la única, mientras que en mi opinión esta no ha sido nunca la única ni la que sustancialmente mantenía sola el orden del mundo.

Sí hay verdad en los discursos corrientes que describen el derrumbe del edificio del orden al que estábamos habituados, pero una parte del sentimiento de abatimiento se debe precisamente al hábito de pensar que los elementos de esa arquitectura que vemos vacilar son las estructuras

de carga, cuando, por usar una imagen de Wittgenstein, son, por lo demás, “cornisas simuladas que no sustentan nada”.<sup>8</sup> Y así también los llamamientos a la restauración están a menudo vinculados a la forma de la fachada, requerimientos “arquitectónicos” que poco tienen que ver con la estabilidad estructural y que incluso corren el riesgo de hacerla más pesada y empeorar la situación. Como cuando se solicitan nuevas leyes, controles, derechos, o el retorno de la fuerza de los viejos ordenamientos estatales, o de nuevos padres que sepan restablecer la medida.

En fin, me parece que la lectura del cambio en curso está viciada y no merece confianza, y que lo que no se ve, o no se quiere ver en el debate habitual, y que no ha sido interrogado suficientemente tampoco por el feminismo, pero que en cambio hay que pensar, es *cómo el proceso de la crisis de la modernidad se ha entrelazado con el final del patriarcado*.

Si el sentimiento masculino respecto al presente en general tiende a la preocupación e incluso al luto, creo que el femenino es más parecido al de quien se sienta sobre un vértice. Atraídas en direcciones divergentes por lecturas que parecen opuestas (estamos avanzando hacia delante pero todo parece ir hacia atrás, hemos fracasado/hemos vencido), que a veces nos hacen inclinarnos hacia el lado de una ardua ascensión femenina que parece no terminar nunca y que más bien parece arrojarnos hacia atrás, y otras veces hacia un lado que incluso puede tener el aspecto de un abismo, pero que quizá es el abismo de la libertad de un nuevo horizonte que se abre. Y que deja entrever un espacio abierto que aparece *desmesurado*, donde aún está por determinarse cuál será la medida de un nuevo orden, la medida de nuestra vida singular, de hombres y mujeres, y en la vida común, de verdad común quizá por primera vez.

Alguna más osada que yo me invita a lanzarme sin demora y sin el peso de lastres ya inútiles que obstaculizan un paso que debería ser ágil y ligero. Yo admito ser más cobarde, o prefiero pensar más prudentemente, y tiendo a mirar a mi

alrededor procurando valorar ante todo dónde he terminado y cómo he llegado. En este caso, con nuestra imagen: tomar las medidas y comprender cómo ha ocurrido que la medida se haya colmado.

Por tanto, probaré a mirar lo que tengo alrededor y el camino que tengo detrás de mí según la perspectiva de la medida sugerida por Milagros, con la confianza de que a través de esta perspectiva se aclare la cuestión de la excelencia femenina, de lo cual hay una enorme necesidad en este pasaje y en el espacio abierto a donde nos vamos encaminando (paso a paso...).

Naturalmente, no pretendo hacer una historia y avanzaré solamente a través de rasgos principales muy simplificadores.

Como ya he dicho, estoy de acuerdo con Milagros en el hecho de que el cambio que el corte del feminismo y el final del patriarcado están trayendo choca sobre todo con la concepción de la medida que se ha impuesto en el ámbito del paradigma de la *igualdad* típico de la modernidad. Esto es lo que principalmente tenemos que afrontar en este momento crítico. Es este modelo el que ha sido un punto de referencia esencial, ya sea en la versión de la investigación emancipatoria de la igualdad, ya sea en la del feminismo de verdad que en mi opinión se desarrolla precisamente como interrupción del proyecto de igualdad. Pero el pasaje del final del patriarcado que estamos viviendo concierne a una historia mucho más larga de la cual el acontecimiento moderno del proyecto de igualdad es solo una fase que ha reconfigurado, aunque no eliminado, la estructura de carga de las relaciones entre los sexos.

El paradigma igualitario moderno produjo una clara torsión de las ideas de medida anteriores, las propias del cristianismo y sobre todo de la época clásica, introduciendo mientras tanto una simplificación y algo que se revelará

una complicación y una paradoja por su intersección con la diferencia sexual.

El mundo griego estaba centrado sobre la idea de medida y de lo que se salía fuera de la medida (la *hybris* que a veces se traduce como arrogancia, pero que sería mejor decir exceso o desmesura) —como también de la virtud y de la excelencia— y en ese ámbito se desarrollaron teorías de la justa medida (pienso en la aristotélica) que mostraban una fuerte consciencia de la complejidad de los contextos y de las diferencias individuales implicadas en el actuar con medida. Era la llamada “ética de la virtud”: lejos de la presunción de que fuera posible indicar una medida unívocamente válida, encontrar la justa medida significaba saber elegir en cada momento la acción justa entre el exceso y el defecto en una circunstancia, demostrando una virtud y un tipo de sabiduría (*phronesis*) no reducible a la aplicación automática de una sola medida igual.<sup>9</sup>

También irreducible a un estándar rígido de medida era la idea de excelencia (*areté*), que dependía del reconocimiento en el contexto relacional de la exposición en el actuar en público. Hannah Arendt en *La condición humana*<sup>10</sup> ofreció un cuadro muy simpático de este modo de concebir la actuación que denuncia como perdido en las concepciones siguientes, que con esa pérdida se alejaron, en su opinión, del sentido de la política, que tomó como modelo la racionalidad instrumental del hacer abandonando la fragilidad y el riesgo de la acción, entregándose a una visión no política del poder.

Yo me siento muy cercana al pensamiento político de Arendt y también a su revalorización de la virtud de la excelencia en su acepción clásica, aunque hay que decir que Arendt olvidó la circunstancia fundamental de que esa atención a la complejidad y variabilidad de la medida justa o excelente se daba en un mundo donde no se trataba de la libertad moderna, sino que antes de nada se daba la formidable simplificación de que la medida se refería solo a los hombres libres, excluyendo a las mujeres (y a los

esclavos) sometidas a otra medida completamente distinta. La separación explícita de medidas no conmensurables, que acompañaba la distinción entre la esfera pública y la doméstica privada, cubría y reducía la posibilidad de los conflictos y paradojas que la idea de igualdad hubiera puesto al descubierto.

En la versión cristiana de la igualdad las cosas ya se complicaron: a todos los seres humanos, hombres y mujeres, se les dio la regla de oro de la reciprocidad de la “medida por medida” junto a la de amar al prójimo como a nosotros mismos (como a nosotras mismas), que introducía también la corrección de una “desmesura” del amor capaz de romper en positivo el circuito de la “ley del talión” que equilibra al mal con el mismo mal. Era la máxima de una desmesura que sabía responder al mal con el bien y que fijaba la referencia absoluta a la medida desmesurada e inconmensurable de Dios. (No hay que sorprenderse de que el cristianismo haya tenido tanto pábulo entre las mujeres.)

A pesar de la radicalidad del mensaje evangélico y de la inconmensurabilidad de la medida divina, la tradición cristiana ha terminado por difundir la idea de una única medida divina que sería consoladoramente llevada a cabo en juzgar en el más allá, que convivía con la realidad mundana de dos pesos y dos medidas para mujeres y hombres. La ética viril de la virtud deja el puesto a la ética de las virtudes, donde las virtudes masculinas y femeninas se definen en sus roles separados.

De cualquier modo, en ambos mundos, clásico y cristiano, ambos patriarcales, era la copresencia de *ambas* medidas (fueran estas separadas, inconmensurables o jerárquicas) las que mantenían el orden. Y lo mantenían en cierto sentido dentro de la medida. La idea de “vida buena” que persigue tanto el ejercicio de la virtud como de las virtudes tiene contenidos definidos, que constituyen la medida de la excelencia y el comportamiento virtuoso a

los que hombres y mujeres deben dar forma en las esferas recíprocas. En sustancia, la separación entre las esferas pública-masculina y privada femenina corresponde a dos medidas diversas que construye un sistema de división del trabajo material y moral donde están vigentes, de principio y *de facto*, diversos criterios de excelencia dentro de los respectivos roles. Las medidas de hombres y mujeres no entran en confrontación o en conflicto y se piensan como complementarias. Pero mejor sería decir que la virtud femenina, la excelencia, resulta complementaria de la masculina que tiene jerárquicamente y, por decirlo de alguna manera, “oficialmente” la primacía.

Será con el paso a la concepción moderna del sujeto y de su nueva libertad como independencia, calcada de la subjetividad masculina, y con la promesa de la igualdad, lo que impuso el mito de una única medida masculina/universal, además reducida normativamente, capaz de servir como referente ordenador válido para todos, racionalmente fundado. Con este cambio se pone en marcha el “fraude de la igualdad” que dice Milagros,<sup>11</sup> y explotan sus paradojas, verdadero lecho de Procusto para la diferencia femenina, por lo que esto tiene también el inicio del gran proyecto de la emancipación femenina.

La afirmación de una medida igual es, de hecho, maquillada, si la igualdad contara, en principio, universalmente para todos los hombres, las cosas no estarían así en absoluto, los hombres son los varones y las mujeres en el fondo no son hombres. La investigación feminista se ha esforzado mucho en estudiar cómo, en teoría y en la práctica, durante algunos siglos se ha conseguido cuadrar esta paradójica afirmación de una medida universal, que sin embargo es masculina, y no me detendré a resumir una reconstrucción que ya es conocida. (Aunque continúe —de una manera que sería increíble si no hubiera una historia tan larga detrás— el hecho indecente de que en la historia, en la filosofía y creo que en todas partes las formas del saber dominante sigan sin registrar, si no es de forma marginal, los

resultados de la investigación feminista consolidados, sacrosantos y estos sí universalmente válidos.)

Resumiendo brevemente, la respuesta a cómo se ha logrado gestionar esa paradoja puede ser: lo paradójico ha sido volcado sobre las mujeres. Y así nace la célebre “paradoja de Wollstonecraft” entre igualdad y diferencia que tanto ha atormentado las vidas de los movimientos políticos de las mujeres. Tampoco aquí viene al caso hacer resúmenes, me limito a retomar la cuestión con el corte de la relevancia que tiene para la cuestión de la medida y de la excelencia femenina.

El nuevo modelo moderno no merma la tradicional división de las esferas pública y privada con las relativas atribuciones de virtudes masculinas y femeninas. Las respectivas medidas de excelencia permanecen sustancialmente las mismas, diferenciadas por sexo. La excelencia masculina está en la medida de la imagen de una autoridad masculina que en definitiva copia el molde de la soberanía absoluta: un sujeto independiente, volitivo, racional, exento de cualquier vínculo que limite su libertad, capaz de determinación y de afirmación de sí, de sus propios intereses, de hacer valer su propia marca en el mundo, de asumir el peso del mal necesario, capaz de dominar las propias pasiones, las emociones y las debilidades, que desdeña la propia vulnerabilidad, fuerte y al mismo tiempo dotado de seguridad en la comparación con los otros varones, respetuoso con la ley, con la justicia y capaz de abstracción, responsable de los propios actos y protector respecto a los débiles, menores y mujeres. En los casos supremos, un héroe que sabe sacrificarse por la propia causa y la defensa de quien tome bajo su tutela...

La excelencia femenina tiene la medida de la belleza, de la dulzura y de la sensibilidad, sabe acoger y cuidar, soportar y no desatender el propio interés, es altruista, modesta y se despreocupa por aparecer, púdica y casta, inocente e incluso ignorante del mal, comprensiva e intuitiva, emotiva

y empática, atenta a las relaciones y a escuchar a otros. En fin, la excelencia en el amor y en el sacrificio de sí. Esa excelencia que se llamó mística de la feminidad y más recientemente ética del cuidado.

Todos y todas saben de qué se trata, hemos tenido una vida de aprendizaje y creo que tenemos una larga serie de vidas detrás de nosotras, mucho antes de la Edad Moderna, educadas en estas medidas y en estas virtudes.

Ahora, sin embargo, el punto es que el paradigma moderno de la igualdad produce un cambio fundamental en la trayectoria de las excelencias masculinas y femeninas, en virtud de la declaración del principio de la medida única de lo humano. Pero no esa que todos han mantenido igualmente para asumir una única medida comprensiva de ambos ideales de excelencia. Los hombres, siendo ya lo universal, continuarán midiéndose con el tradicional mismo metro, y desde luego no serán forzados a destacar en las virtudes femeninas. Las cosas se vuelven, sin embargo, más complicadas para las mujeres, que tendrán que mantenerse fieles a la vieja medida de excelencia, pero recibirán la orden (y al mismo tiempo la promesa) de adecuarse también ellas a la medida igual de los hombres. Se trata evidentemente de una orden paradójica, que no debe ser obedecida y al mismo tiempo debe serlo, y como todas las órdenes paradójicas corre el riesgo de provocar una especie de locura, la que de hecho ha sido llamada la “locura moral de las mujeres”.

Me inspiro en una eficaz y vieja explicación de Joy Kroeger-Mappes<sup>12</sup> que estaba dirigida a mostrar la relación entre la ética de la justicia y la ética del cuidado, y la adapto a nuestro tema de la medida. Las dos medidas diversas de excelencia, masculina y femenina, forman parte de un único sistema, en el cual la primera encuentra su base necesaria en la segunda. Tal sistema está viciado por un prejuicio favorable a los hombres, y alimenta la subordinación femenina, con graves efectos sobre una mujer. De hecho, el sistema prevé un núcleo mínimo

obligatorio constituido por las obligaciones prescritas por la medida masculina, y un conjunto más amplio de obligaciones para las mujeres, que, sin embargo, son consideradas supererogatorias, más allá de la medida y excesivas, para los hombres. Desde el punto de vista del mantenimiento del sistema las obligaciones desmesuradas femeninas representan una base necesaria. Así, para la supervivencia del sistema mismo en general, pero también de la medida masculina en particular, es indispensable que la función “más allá de la medida” femenina sea de una forma u otra explicada, aunque esta sea considerada excesiva por los hombres, que son exonerados de ella. En conclusión, a las mujeres se les exige moralmente hacer lo que es obligatorio para todos, y por añadidura ellas están moralmente obligadas a llevar a cabo acciones que son excesivas desde la perspectiva de la medida masculina-universal. A esto se añade el hecho de que por un lado las cualidades “excesivas” femeninas son interpretadas como legítimas desde el punto de vista de la medida “igual” siempre que no entren en conflicto con las obligaciones primarias que esta define, en cuyo caso son puestas a parte y juzgadas contrarias a la moralidad. Y, por otro lado, las virtudes “más allá de la medida” femeninas son libres y espontáneas y no pueden ser impuestas por la medida única, mientras que el sistema las vuelve obligatorias. De esto sale claramente, para las mujeres, un orden paradójico que las pone en una situación de *double bind*. Es decir, un dilema que es el mismo que el de Wollstonecraft entre igualdad y diferencia.

Para empeorar, si es posible, esta insostenible posición femenina está la circunstancia de que si una mujer tuviera que destacar en la medida universal-masculina fuera de su medida femenina “superior y excesiva”, su excelencia se convertiría inevitablemente o en una “excepcionalidad” (eliminándola de la pertenencia al propio sexo y probablemente volviéndola antipática para las mujeres), o en “excelencia femenina” o “exceso femenino”, haciendo que se convierta en una especie de

temible monstruo a los ojos de los hombres y también de las mujeres.

Este es el problema que Milagros ha llamado del “demasiado” y del “demasiado poco” femenino dentro de la lógica patriarcal.

Con el mito moderno de la igualdad y de la medida única, se abre también de un modo nuevo el problema del *conflicto* entre los sexos, que ahora en teoría deberían medirse uno a otro con una única medida. Aquí se articula también de un modo nuevo la cuestión de la superioridad/inferioridad y la visión de la desmesura femenina como exceso o defecto, mientras la excelencia femenina se convierte en un problema diverso y quizá todavía más grave, para las mujeres y para los hombres. Nacen también las estrategias femeninas para evitar el conflicto ejercitando la propia virtud en la medida propia, visto que ahora la grandeza femenina es abiertamente un desafío, un exceso y un peligro.

En el pasado<sup>13</sup> escribí sobre una de estas estrategias dándole el nombre de “estrategia de la abuela”, que consiste en dejar que en público el marido “lleve los pantalones” cuando ella sabe, en cambio, que en el fondo ordena ella, así evita el enfrentamiento con la medida masculina, salvaguarda su fuerza y se siente también “superior”. Muchos ejemplos se pueden poner de cómo una mujer ha tratado de evitar ser “destruida por su propia grandeza”, como dice Milagros, sufriendo el castigo masculino y a menudo también el femenino. En algunos casos son “grandes mujeres” que ejercen su grandeza manteniéndose a resguardo detrás de un hombre, a veces grande pero a veces decididamente no tan grande. Algunas son famosas, pero un grupo de mujeres excelentes ha practicado esta estrategia de actuar por mediación a través de la influencia personal sobre los hombres. A veces porque era la única vía practicable, por necesidad, a veces porque se la consideraba la vía más eficaz en una lógica que evita el conflicto y la

competición, la exposición abierta en un mundo donde está vigente una medida hostil, explotando el ejercicio de la excelencia femenina en las relaciones.

Pero no solo era la condición de evitar entrar en conflicto con la *medida pública* igual, aunque construida a medida masculina, lo que movía estas estratagemas de la virtud femenina. Otro factor determinante podía ser la voluntad de salvaguardar el *amor*. El deseo de tener una relación amorosa con un hombre con la conciencia de que esto no habría resistido la prueba de la misma medida para ella y para él.

Me explico con algunos ejemplos. El primero me toca particularmente porque es una historia que me contó mi excompañero cuando lo acababa de conocer (¡una bella lección!): la historia es la de Calamity Jane, la veloz pistolera. Cuando se encuentra enfrentándose con el hombre que ama entiende que si vence el duelo lo perderá, debe elegir entre salvar su primacía de pistolera o salvar la relación con el amado pistolero quizá menos veloz, y decide perder, fingiendo ser vencida.

Se pueden recordar otras historias parecidas, con la misma estructura: la excelencia femenina se retira al medirse con el hombre para conservar la relación con él, desde el momento en que un hombre no consigue aceptar ser “menos” que una mujer en la relación, tiene necesidad de la confirmación narcisista de la propia superioridad. Por amor la mujer se “pone debajo” en su medida y sale en ayuda de su deseo, incluso renunciando al propio. En el plano del deseo sexual, esta estrategia tiene un nombre preciso: es lo que la psicoanalista Joan Rivière en 1929 llamó la “mascarada”, asumir la máscara de la feminidad para hacer de manera que, como dijo Lacan retomando el concepto, “el fantasma del hombre encuentre en ella su hora de verdad”.<sup>14</sup>

La prueba del amor aparece dramática y a menudo destructiva por la medida de la excelencia femenina, y también de la masculina, que no pueden encontrarse en la misma medida, y para las que hallar un encuentro sobre diferentes medidas e inconmensurabilidades es arduo (por lo apenas citado de Lacan, es imposible, visto que “no existe relación sexual”) y corre el riesgo de no poderse despegar de la representación de papeles y virtudes complementarias. También en este caso los éxitos pueden ser paradójicos, como muestra la Princesa de Clèves, de la novela de Madame de La Fayette.<sup>15</sup> Ella, verdadero icono de la excelencia femenina, llegará a renunciar al amor, también finalmente realizable con el duque de Nemours, y entrará a un convento para salvar, con la imposibilidad de realización, al mismo tiempo la propia excelencia y el amor de él.

Las mujeres que han optado por estas estratagemas, también en la edad de la medida de la igualdad, evidentemente no se fiaban de su promesa de emancipación, quizá temían su peligro, quizá veían sus límites, quizá se mantenían fieles a la virtud transmitida por sus madres, quizá estaban en una medida en la cual también la nueva medida igualitaria era medida con prudencia. Quien las contempla desde el punto de vista de la historia de la emancipación las ve, si las ve, en la masa en declive, oscura y domésticamente recluida de las madres y de las mujeres sacrificadas al trabajo cotidiano del propio rol opresivo y confinado. Y si atisba en ello la consecuencia de una elección, las puede acusar de haber revalidado simbólicamente, en el fondo, el orden patriarcal. Y sin duda también hay quien, en cambio, las contempla con reconocimiento por haber mantenido el cuidado del mundo pensando que en el fondo era la medida más grande, lo quisieran o no. No puede dejar de reconocerse la paradoja de su ignorada grandeza.

Por otra parte, como ya he dicho, la elección de aquellas mujeres que confiando en la medida de la igualdad han seguido la vía de la emancipación ha sido igualmente, si

no más, sembrada de paradojas. Sería arduo y sobre todo injusto pretender formular un juicio que atribuya qué vía ha sido la mejor. Como ha observado Milagros, desde el punto en el que estamos ahora es posible comenzar a reconciliar la oposición entre las emancipadas y las madres. Al punto al que hemos sido llevadas con el corte de la diferencia realizado por el feminismo —que justamente ese dilema ha contestado— y desde el punto presente del final del patriarcado (que es el cumplimiento tanto de la larga historia de las medidas de las dos esferas, masculina y femenina, como de la historia moderna de la presunta única medida de la igualdad), y así también es de esperar en el dilema de dos medidas entre las mujeres.

¿Qué ha sucedido para que nos encontremos aquí, en esto que, recuerdo, es siempre un vértice? El histórico *Sottosopra* color oro que anunciaba la muerte del patriarcado se titulaba: ha ocurrido y no por casualidad. Lo que quería significar era que la llegada al mundo de la libertad femenina, que había recogido, decía, “un sentido independiente” (y que podemos traducir como “una medida independiente”) señalaba la muerte del orden del patriarcado en la conciencia femenina, y esto cambiaba el mundo. Recuerdo que en aquel momento hubo muchas objeciones que se fortalecían al señalar el estado de miseria femenina y extra poder masculino que persiste en el mundo. Era una realidad innegable, pensé, pero la objeción no recogía el sentido de aquel anuncio que tenía otro sentido de realidad. El anuncio se debía tomar como aquel famoso de Nietzsche “Dios ha muerto” que no era refutado por la afluencia a las iglesias, por mucho tiempo que durase todavía, y que requería para ser asumido la superación de lo que ha sido el hombre. He aquí, me digo, el último nombre de Dios, que era el nombre del Padre, ha muerto, y lo que vemos en el momento es que “el superhombre es una mujer”. Porque lamento decir que todavía no tiene un compañero.

Pasado el tiempo de aquel anuncio, ahora el mundo comienza a registrarlo. Las cosas cambian junto a sus

significados, y también nosotras podemos considerar mejor lo que ha ocurrido, también viendo que el mérito de la revolución de la libertad femenina es acompañado por un reconocimiento que ya puede ser desligado del resentimiento de las mujeres que han tenido que llevar a cabo con gran virtud y diría virtuosismo su libertad (porque ahora sí vemos que también había libertad), en las condiciones en las que se encontraban viviendo y en los dilemas que debían afrontar haciendo, verdaderamente, como dice un proverbio italiano, “de la necesidad virtud”, tanto las emancipadas como las madres. Con ambas tenemos una deuda.

No sabría atribuir las partes de esta deuda, entender cómo hemos llegado al pasaje en el que estamos es un trabajo todavía por hacer. Cómo se entrelazan los diversos caminos del final del patriarcado con el cumplimiento de la modernidad y las trayectorias femeninas no es fácil de reconstruir. Los trozos de explicación que trato de darme son a menudo incoherentes y problemáticos. La clave de interpretación de la medida y de sus contradicciones es útil: esta puede sugerir, por ejemplo, que la moderna regulación factual de la división del trabajo material y moral de los sexos en dos medidas, en la ficción del paradigma de la medida única de la igualdad, ha producido un impulso femenino hacia la emancipación que con el tiempo ha puesto al descubierto la parcialidad e insostenibilidad de esa misma medida. La progresiva decadencia de la función de soporte de la separada medida femenina ha llevado al colapso a la modernidad igualitaria, así como al modo de producción capitalista que la acompañaba y que no puede sostenerse por sí sola, sin que las mujeres entre tanto cuiden del resto de la vida, que no es el mundo imaginado por la racionalidad, ni por la economía, ni por la política de la modernidad. Y, paradójicamente, justo el hecho de que tantas mujeres hayan tomado al pie de la letra la promesa del proyecto de igualdad, a la medida masculina, se ha revelado como si la femenina fuera la medida más comprensiva.

El corte traído por el feminismo y el final del patriarcado rompen con la medida única de la igualdad, y la perspectiva de la diferencia abre el mosaico letal de las paradojas de la igualdad, tanto, que hace posible escapar de la trampa del más y del menos entre hombres y mujeres. Pero las cosas no son en absoluto simples, al contrario: no se trata de volver a la solución también simplificadora de la inconmensurabilidad de dos medidas después del sueño sin valor de medirse en una única medida. “Medida por medida” cambia el sentido de forma inaudita, e imprevisible, cuando toda medida, inconmensurable también, debe tomar medida igualmente desde la otra en el mundo común. Cuando ya no es posible la inconmensurabilidad como último horizonte, cuando la medida masculina muestra su incapacidad para ordenar, cuando la medida femenina en este pasaje se pone como ordenadora de realidad, cuando se plantea finalmente la cuestión de qué medida en un mundo de verdad común.

¿Qué significa medida, y también excelencia, como capacidad de desplazar más allá la medida en esta urgencia presente? Naturalmente sería verdaderamente arrogante pensar poder responder a algo que está en manos del tiempo que ha de venir, y a lo que haremos de nuestra vida singular y común en la contingencia del tiempo presente que viviremos en su momento y medida por medida.

Pero desde el instante en que soy más bien arrogante, me interesa decir hasta qué punto lo que digo no es solo un artificio retórico para concluir sin exponerme demasiado o comprometerme, sino que es, en cambio, precisamente una respuesta.

Hace muchos años (15 y me asusta decirlo) terminé un largo y agotador trabajo sobre la idea de justicia en relación a la diferencia para mi tesis de doctorado, con un capítulo que se titulaba “Una justicia sin medida común”. Siendo, precisamente, arrogante, me propuse

hacer cuentas con la historia casi completa de la cuestión y con el debate sobre la justicia que había encendido la reflexión filosófico política en la década anterior, cuando se habían desarrollado y combatido algunas posiciones que todavía ahora ocupan la escena: las propuestas neokantianas de Rawls, y la ética comunicativa de Habermas, la recuperación de la aristotélica ética de la virtud de MacIntyre, de los neocomunitarios y después de Martha Nussbaum con su teoría de las capacidades, la ética del cuidado que venía del feminismo anglosajón, etc. El gran debate de aquel momento venía del sentimiento de una situación de crisis de la concepción y de la medida de la justicia en la modernidad, y ya circulaban las preocupaciones que hoy son aún peores y se han convertido de sentido común. Tanto es así que la confianza en la fuerza de las propuestas normativas, al menos a nivel teórico, no en las políticas, ha ido disminuyendo.

Con aquel título señalaba el problema que teníamos delante, el tener que hacer frente a la crisis de la medida común, de la única medida de justicia cuya referencia había atormentado a la filosofía, al menos desde los tiempos de Platón. Pero también quería decir que la falta de esa medida común es precisamente la condición de la justicia, la condición común de la justicia. Ahora añadiría que lo es de la vida, porque nuestra vida es comúnmente sin medida común, en esta condición vivimos, encontramos medida y también hacemos justicia. No es que no sea problemático, pero parte del sentido dramático que se desencadena cuando se dice que el error de una única medida es herencia de una forma mental (típicamente masculina, en mi opinión) que ha imaginado que cuando actuamos, decidimos, juzgamos, lo hacemos aplicando una medida, o una ley, una regla subyacente que nos hace hacer lo justo. Quiero decir que el problema es en parte una especie de efecto óptico: no ha habido nunca medida común en ese sentido, la medida de juicio viene de nuestro juzgar, no al contrario, somos nosotros y nosotras quienes medimos, antes de la medida. El ideal de la medida nunca ha medido nada solo.

Al decir esto también podía hacer referencia a Aristóteles y precisamente a su idea clásica de la virtud: es lo que hace el sabio, el hombre virtuoso, en la situación contingente en la que juzga, la que es la medida de la sabiduría y de la virtud, no viceversa. Para traducirlo a nuestra cuestión: *la excelencia, la virtud, no depende de la medida, es la medida misma.*

También Hannah Arendt tiene en mente algo parecido cuando piensa en la contingencia y en la fragilidad de nuestro actuar en el contexto de la pluralidad, junto a otros, y cuando juzgamos haciendo palanca sobre ese extraño “sentido común”, el sentido de eso que se lega a los otros, y podría decir nuestra constitutiva relacionalidad. Jean-Luc Nancy, con una gran deuda hacia Arendt, habló de una justicia causada por nuestro ser con otros en la inconmensurabilidad de la medida, que es lo que tenemos en común.<sup>16</sup>

O bien podría usar otra referencia que me resulta más cercana y que uso a menudo, la de Wittgenstein, que criticando la obsesión de nuestra tradición por la investigación de una lógica ideal o de una regla que nos garantice aquello que hagamos, ha señalado el terreno escabroso de nuestra práctica cotidiana y de nuestro lenguaje común como primero, nosotras diremos la referencia a nuestra lengua materna.

No aprendemos una regla, una medida, para juzgar. Aprendemos a juzgar y a tomar medida a través de juicios particulares, ejemplos de medida. Lo dice también Wittgenstein, pero lo sabemos por la experiencia de cómo hemos aprendido de nuestra madre. De ella, que nos ha dado la primera medida, hemos tomado la medida y hemos aprendido a medir. La medida, la excelencia y la virtud tienen esta fuente materna común, y no son los contenidos que esta enseñanza ha tenido, serían también la medida masculina tradicional corriente, que son lo esencial, lo

esencial es lo que transcendía aquellos contenidos y nos enseñaba a medir a través de medidas y de ponerse como medida.<sup>17</sup> De verdad ahí está la primera medida, ahí se forma nuestra virtud, nuestra capacidad de exceder. Por eso decía al principio que no estoy muy preocupada ni soy pesimista sobre la caída de la medida del nombre del Padre, esta medida sufre del mismo efecto óptico, nunca ha gobernado verdaderamente la medida, nunca ha sido la única medida.

La respuesta a la pregunta sobre cómo cambian la medida y la excelencia con la decadencia de la medida del patriarcado y del paradigma moderno de la igualdad y de la misma medida, es verdaderamente una respuesta que está en la práctica y en la contingencia de lo que hacemos.

La respuesta es experimental, está en el hacerlo: mostrarse como medida, exponerse —como siempre se ha hecho, verdaderamente fuera de los mitos y de las teorías y de los sueños— cuando estemos allí, justo nosotros o nosotras en ese momento, con esa acción y esa palabra precisamente ahí, seremos la medida de la realidad.

Un mundo donde se está poniendo el sol del ideal de la misma medida no es un mundo que se precipite en las tinieblas y tampoco en la medida que dicen que es materna. Se despierta a primera hora de la mañana y tiene delante la vida de cada día, y afortunadamente ha habido un tiempo en el que nuestra madre nos ha preparado el desayuno. Se sale de casa y está el mundo, abierto, abierto como quizá nunca ha estado antes.

Nuestro Dante dice “aquí se advertirá tu nobleza”, aquí se verá nuestra excelencia, se medirá nuestra virtud.

Luisa Muraro en su libro *No es cosa de todos*,<sup>18</sup> dedicado a la excelencia femenina, dice que la partida cuando “tiene que ver con la diferencia sexual va más allá de las medidas de la justicia, con resultados de tensión y conflictos que hasta

ahora han sido mal entendidos y peor resueltos” porque la justicia entre hombres y mujeres no tiene un punto de equilibrio. Ella propone “utilizar creativamente la energía potencial de una realidad desequilibrada e inspirarse de ahí para actuar políticamente”.<sup>19</sup> Para Luisa se trata de un “hacerse justicia: meterse, con la propia persona, en un juego de concordancias y discordancias del que somos jugadores, no jueces”. Estoy de acuerdo en la intención y en el espíritu de su propuesta, pero pienso que hay también un sentido por el que si tenemos que ser jugadores, tenemos por fuerza que aceptar también ser jueces y juzgar. El mismo motivo por el que también la máxima evangélica “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” no puede ser plenamente aceptada, o al menos tiene que ser interpretada.

No podemos sustraernos al juicio, ni a juzgar, ni a ser juzgadas. Ni a medir, ni a ser medidas. Precisamente con la conciencia de la falta de una única medida, o de la norma que mida y de sus pretensiones, es preciso saberse exponer como medida de la realidad. Las diferencias no tienen una medida de conmensurabilidad, somos nosotras y nosotros la mediación viviente de la medida, con nuestra experiencia, y esto en las condiciones puntuales y concretas de nuestra vida común. En esto se lleva a cabo la virtud y la excelencia: la excelencia depende del reconocimiento, es relacional, depende del contexto, de la situación contingente y de la mirada de los otros.

Sabemos cuánto ha sufrido la excelencia femenina con la mirada patriarcal que la ha visto como defecto o exceso, y sabemos también que la excelencia masculina se ha nutrido de ese espejo engrandecedor que ha sido tradicionalmente la mirada femenina, que Virginia Woolf llamaba la “sociedad del espejo”.<sup>20</sup>

Ahora ese espejo se ha partido, pero eso no significa que los espejos no valgan. Nos hemos mirado demasiado en

el espejo de la mirada masculina y en su medida que nos restituía una imagen deformada en el demasiado, en el demasiado poco, incluso llegaba de forma homicida a hacernos “desaparecer en el muro”, como decía Ingeborg Bachmann.<sup>21</sup> Hemos aprendido a apartar la mirada de ese espejo, y a mirarnos la una a la otra, a restituírnos la imagen de nuestra excelencia fuera de la lógica de la envidia y del debilitamiento impuestos por la medida masculina. No desapareceremos en el muro, no seremos evanescentes si sabemos reconocer nuestra excelencia, también en la diferencia de excelencia entre mujeres. Pero eso implica juzgar, también entre nosotras, tomarnos las medidas, reconocernos virtudes pero también vicios, el más pero también el menos. Deseo que la excelencia femenina ya no sea exceso, pero no todos los excesos son excelencia. Hay una excelencia femenina respecto a la medida tradicional, un demasiado femenino que es *hybris*, y un exceso que es excelencia. Si tuviera que decir cuál es excelencia: es la que no es mera transgresión de la medida dada, sino capacidad de abrir la realidad a una medida más alta, que sabe hacer exceder de sí la realidad misma, lo que abre y aumenta el mundo.

Debo concluir, pero quiero hacerlo insistiendo en el hecho de que reconocer la excelencia femenina no significa hacer apología de la perfección femenina. Encontrar una medida en el reconocimiento de la excelencia femenina conlleva el juicio, lo que, yendo a un tema que aprecio, implica hacer las cuentas con lo negativo sin atribuirlo (como en la histórica división sexual del trabajo moral) a los hombres por mantenernos en una representación idílica de bondad femenina.

La excelencia femenina ya no está en el espejo deformante de la mirada masculina, finalmente quizá incluso ha llegado el tiempo de exponerse a una mirada masculina diferente, pero sobre todo esa excelencia está en la mirada y en el reconocimiento que sabremos darles. Si no sabemos hacer de espejo y de medida a la otra ahí, en lo que está haciendo ella, como nosotras, no se reconocerá y tampoco

se verá, como nosotras. Si no sabemos exponernos a la otra en la medida no habrá medida. Si no sabemos exponernos al mundo como medida, el mundo no tendrá medida.

Fecha de recepción del artículo: 10 de mayo de 2011. Fecha de aceptación: 3 de junio de 2011.

Palabras clave: Final del patriarcado — medida — excelencia femenina — orden simbólico —

Keywords: End of the patriarchy — measure — female excellence — symbolic order—.

#### notas:

<sup>1</sup> Traducción de Gemma del Olmo Campillo.

<sup>2</sup> William Shakespeare, *Medida por medida*, Madrid: Espasa-Calpe, 2004.

<sup>3</sup> “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”. (Evangelio según Mateo 7,1-5). *La Santa Biblia*, trad. Casiodoro Reina, rev. Cipriano Valera, Madrid: Sociedad Bíblica, 2002.

<sup>4</sup> María-Milagros Rivera Garretas, *Lei è troppo libera. La rivoluzione del tempo e dell'amore*, texto publicado en italiano en la revista on-line de Diótima “Per amore del mondo”, n.10 (2011) y en castellano en este número de Duoda, “Ella es demasiado libre. La revolución del tiempo y del amor”, p. 46.

<sup>5</sup> Massimo Recalcati, *L'uomo senza inconscio*, Milán: Cortina, 2010. En el debate intervino críticamente Chiara Zamboni, *Pulsioni e politica, non c'è solo Papi*, en “Il manifesto”, 07/01/2011.

<sup>6</sup> Por ejemplo en sus libros *El espinoso sujeto: el centro ausente de la ontología política*, Buenos Aires: Paidós, 2001, y *Las metástasis del goce: seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, Buenos Aires: Paidós, 2003.

<sup>7</sup> *Sottosopra oro, Un filo di felicità*, Librería de mujeres de Milán, 1989. (“Una gota de felicidad”)

<sup>8</sup> Luisa Muraro, *Non è da tutti. L'indicibile fortuna di nascere donna*, Roma: Carocci, 2011.

<sup>8</sup> La expresión es utilizada para la búsqueda de la “definición” en *Investigaciones filosóficas* §217. Respecto al temor por la destrucción creo que es útil leer la observación siguiente, poniéndola en analogía con el final del patriarcado: “¿De dónde saca nuestro examen su importancia puesto que sólo parece destruir todo lo interesante, es decir, todo lo grande e importante? (Todo edificio en cierto modo; dejando sólo pedazos de piedra y escombros). Pero son sólo castillos en el aire los que destruimos, y dejamos libre la base del lenguaje sobre la que se asientan.” (§118).

<sup>9</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Madrid: Tecnos, 2009.

<sup>10</sup> Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona: Paidós, 1993.

<sup>11</sup> María-Milagros Rivera Garretas, *El fraude de la igualdad*, Barcelona: Planeta, 1997.

<sup>12</sup> Joy Kroeger-Mappes, *The Ethic of Care vis-a-vis the Ethic of Rights: A Problem for Contemporary Moral Theory*, *Hypatia*, 3 (1994), p.108-31.

<sup>13</sup> En Diótima, *El perfume de la maestra, En los laboratorios de la vida cotidiana*, Barcelona: Icaria, 2002.

<sup>14</sup> Joan Rivière; Joan Rivière, “La femminilità come mascherata” [1929], en *Il mondo interno. Scritti (1920-1958)*, Milán: Cortina, 1998. Trad. cast. Joan Rivière [et.al.], *La femineidad como máscara*, Barcelona, Tusquets, 1979; Jacques, Lacan, *Télévisión*, París: Seuil, 1974. Trad. cast. Jacques Lacan, *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*, Barcelona, Anagrama, 1979.

<sup>15</sup> Madame de La Fayette, *La Princesa de Clèves*, Madrid: Cátedra, 1987.

<sup>16</sup> “Hay una medida común, que no es una unidad de medida aplicada a todos y a cada cosa, sino que es la conmensurabilidad de las singularidades inconmensurables, la igualdad de todas los orígenes -de- mundo, los cuales, siendo orígenes, son cada vez estrictamente insustituibles -y en tal sentido perfectamente desiguales- pero son tales solo en la medida en que son todas igualmente las unas con las otras. Y de esto es de lo que tenemos que tomar medida”, en Jean-Luc Nancy, *Essere singolare plurale. Introduzione di Roberto Esposito in dialogo con Jean-Luc Nancy*, Turín: Einaudi, 2001, p. 103.

<sup>17</sup> Sobre esta primera medida mi artículo *La tentación del bien*, en Diótima, *La mágica fuerza de lo negativo*, Madrid: horas y HORAS, 2009.

<sup>18</sup> Luisa Muraro, ob. cit.

<sup>19</sup> Ídem, p. 23

<sup>20</sup> Virginia Woolf, *Tres guineas*, Barcelona: Lumen, 1999.

<sup>21</sup> Ingeborg Bachmann, *Malina*, Madrid: Alfaguara, 1986.